

Encuesta:

¿Es cristiano pedir a Dios la lluvia?

RAFAEL DE ANDRÉS

Hay que alabar la iniciativa de la revista SINITE al poner sobre la mesa redonda de sus páginas las opiniones de diversos autores en torno al argumento de la plegaria de petición de cosas materiales. Para mayor claridad han planeado su presentación desde distintos puntos de vista: Antiguo y Nuevo Testamento, Iglesia primitiva y liturgia, reflexión teológica y *otras respuestas argumentadas*. Al incluirme en este último apartado, la primera pregunta que se me ofrece es ésta: excluida la argumentación bíblica, eclesial, litúrgica y teológica, ¿qué vía me queda, si se trata de contestar en cristiano? Creo que responder cristianamente a esta importante cuestión no puede prescindir de la Palabra de Dios y de la Iglesia.

Pero cabe plantearse antes otra pregunta: ¿Es posible filosóficamente influir en el tiempo sobre un Dios eterno? Para despejar el camino a cualquier otra consideración "cristiana", voy a intentar responder a la cuestión de posibilidad, siguiendo los pasos de Werner Schüssler, en su artículo *¿Tiene sentido pedir a un Dios inmutable? La plegaria en el horizonte de la relación entre filosofía y la teología* (Selecciones Teología 135, 1995).

1. ¿Se puede influir desde la eternidad sobre la historia?

La metafísica más clásica, desde Platón y Aristóteles hasta Agustín y Tomás de Aquino, defiende que Dios es inmutable. Si es así, ¿es posible dirigirse a un Dios que ya lo ha predestinado todo desde su eternidad? Por otra parte, si Dios es todopoderoso, ¿no podrá hacer milagros en el tiempo, que sean la excepción de su inmutabilidad? Según Schüssler, para Kant la plegaria de petición sería ilusoria- la expresión de un deseo a un Ser que no necesita explicación alguna- o supersticiosa, al querer influir sobre Dios y sus planes. También Jaspers apoya la concepción kantiana de la oración como magia que pretende actuar sobre la trascendencia de Dios para conseguir favores. Lohfink interpreta que quienes atacan la oración de petición a Dios lo hacen por considerar incompatible trascendencia y personalidad, sólo aceptable desde la analogía del ser. Para Tillich la personalidad de Dios funda la personalidad humana y no al revés, como una proyección de nuestra persona inmanente sobre la de Dios trascendente. Para eso hay que considerar a Dios no en lo que tiene de distinto, sino en lo que tiene de analógico.

Por su parte Barth (Hans Martin) ataca la inmutabilidad del Dios de los filósofos, para quienes el querer influir sobre El sería una forma de impiedad y de rebelión, y ante el cual sólo cabe reconocer una dependencia absoluta. Pero *"el Dios que aquí se presupone no es el Dios dinámico de la Biblia, que se realiza en su historia de salvación, sino el apático Dios de los estoicos, incapaz de sufrir y de cambiar. A este Dios no le queda otro remedio que obedecer a sus propias leyes"* (El Dios de los filósofos).

Brümmer también abunda en el mismo argumento: *"Un Dios absolutamente inmutable sería más parecido al Absoluto neoplatónico que al ser personal que presenta la Biblia...Dios es en algunos aspectos inmutable -en su bondad, en su amor, en su fidelidad-, pero cambia en otros aspectos. Si no pudiera cambiar en absoluto, no sería*

persona. Sólo puede cambiar si reacciona realmente ante acontecimientos contingentes y acciones humanas".

Pero esta argumentación de Barth y Brümmer no le parece correcta del todo a Schüssler porque cometen la petición de principio de presuponer la viabilidad de la plegaria de petición, eliminando desde ella la inmutabilidad de Dios. (Además, cabe añadir, parten de un Dios bíblico, revelado, no del Dios filosófico, razonado). Nuestro autor niega que se excluyan realmente la inmutabilidad de Dios y la influencia del orante sobre El, y afirma que la pregunta hay que formularla así: **¿Cómo puede tener sentido la plegaria de petición, presupuesta la inmutabilidad de Dios?**

Como respuesta general aduce la postura de la tradición clásica. Concretamente, cita a Eckhart en su *Tratado del recogimiento*: *"En su primera mirada eterna vio Dios todas las cosas tal como pasarían y vio la más mínima oración y a qué piadosa adoración haría caso; vio que tú mañana lo llamarás con angustia y Dios no escuchará esta llamada mañana, pues ya la ha oído desde toda la eternidad, antes de que tú fueras hombre"*. Así se mantiene la inmutabilidad de Dios y la eficacia de la oración que El admite en los planes de su providencia eterna. Esta es también la doctrina de Tomás de Aquino.

Y concluye Schüssler: *"La inmutabilidad de Dios y el concepto de analogía son los pilares de la posibilidad y del significado de la oración. Dios es inmanente y trascendente, concreto e incondicionado"*. Y termina su estudio con una cita de Boecio: *"Dios lo sabe todo y su visión eterna de las cosas coincide con nuestras futuras acciones, recompensando las buenas y castigando las malas. La esperanza puesta en Dios y las oraciones no son inútiles. Bien hechas deben surtir efecto"* (*Consolatio philosophiae*).

2. Es cristiano pedir a Dios cosas materiales

Hasta aquí la posibilidad metafísica de compaginar la inmutabilidad de Dios y la incidencia de nuestras peticiones en las coordenadas de su eterna providencia. Pero una pregunta en clave cristiana ha de fundarse en elementos de la revelación neotestamentaria. Supongo que otros autores consultados sobre la dimensión bíblica de la plegaria de petición habrán recurrido a las incontables páginas del Antiguo Testamento para demostrar la práctica secular del Pueblo de Dios. Bastaría recorrer el salterio para demostrarlo.

Yo voy a fijarme directamente en la teoría y en la práctica de Jesús. En cuanto a la enseñanza de Jesús sobre los contenidos de la plegaria de petición, me centraré en el Padrenuestro. Es verdad que la mayoría de las peticiones son de carácter espiritual, pero hay una -la del pan- que suena a material, aunque Lucas la espiritualice traduciéndola como "*el pan de mañana*". Luego Jesús, en ocasión paradigmática de enseñarnos a pedir cosas a Dios, incluye todo lo que constituye nuestra subsistencia material.

En el pasaje donde nos enseña la forma de orar -con insistencia- también recurre Jesús al ejemplo de la comida. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide pescado le dará una serpiente? La conclusión de Jesús es muy aleccionadora para la cuestión que estamos tratando.: "*Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo se las dará a quienes se las pidan!*". Ciertamente que Lucas vuelve a espiritualizar la frase de Jesús, cambiando "*cosas buenas*" por "*el Espíritu Santo*". Pero curiosamente el mismo Lucas, en este pasaje, añade el caso de un señor que necesita tres panes para atender a un huésped imprevisto y recurre a un amigo, que se los entregará tras un diálogo muy comprensible. Por eso, en este contexto de los panes-piedras, peces-serpientes, huevos-escorpiones tenemos derecho a "*interpretar las cosas buenas*" como materiales.

Jesús mismo accede a peticiones de cosas tan materiales como el vino, la salud y la vida. En las Bodas de Caná, Jesús cambia el agua en vino superior por la petición de María, en primer término para dejar en buen lugar a los recién casados en su banquete. Ya sabemos que tras el milagro *"los discípulos creyeron en él"*, pero además los invitados bebieron por él.

Y el rosario de curaciones de Jesús tienen siempre el mismo esquema: una petición y una concesión. Así, los numerosos casos de ciegos que ven, de leprosos que quedan limpios, cojos que andan, paralíticos que recuperan el movimiento. Así, también, en los casos de resurrecciones de muertos, a las que preceden sendas peticiones de vida por parte de familiares o amigos.

Ahora bien, Jesús nos dice: *"Yo no actúo con independencia, sólo hago lo que veo hacer a mi Padre"*. Luego si El atiende peticiones de cosas materiales, Dios hace lo mismo.

En cuanto a la práctica de la plegaria de petición por parte de Jesús, es verdad que en la larguísima Oración sacerdotal tras la última cena pide al Padre cosas espirituales para los suyos. Pero no podemos olvidar Getsemaní y el Gólgota.

En la Oración del Huerto, Jesús le pide en primer lugar al Padre *"pase de mí este cáliz sin que yo lo beba"*: el cáliz lleno de algo tan material como la pasión y la muerte. Sólo en segunda instancia sobrepondrá la petición espiritual: *"Pero no se haga mi voluntad sino la tuya"*. Y en la cruz Jesús pide al Padre otra vez la vida en forma de pregunta: *"¿Por qué me has abandonado a la muerte?"* Sólo después le pedirá espiritualmente que acoja su espíritu vital.

3. Conclusión

Por tanto, de la teoría y praxis de Jesús se deduce que la plegaria de petición de cosas materiales es cristiana. Pero creo que también es cristiano el pedirnos a nosotros lo que pedimos a Dios. La petición "*perdónanos como perdonamos*" es aplicable a las otras peticiones del Padrenuestro, también a la del pan. Al pedir a Dios "*nuestro pan de cada día*" hemos de añadir: como nosotros lo ganamos para nosotros y lo procuramos para los demás.

Así, al Padre -"*que hace llover sobre buenos y malos*"- podemos pedirle la lluvia en la pertinaz sequía. Pero al mismo tiempo hemos de instalar riego por aspersión, construir pantanos, trasvasar agua de los ríos solidariamente y hasta desalinizar el agua del mar. En una palabra, hemos de realizar el "A Dios rogando y con el mazo dando".

CARLOS F. BARBERÁ

Alguna vez he argumentado que la riqueza de la dificultad del cristianismo radica *en su carácter dialéctico*. En su centro se halla la fe en un Dios que se ha hecho hombre y de esa paradoja inicial -preciosa en su contenido espiritual, pero difícil de justificar- surgen otras muchas: una palabra de hombre que es Palabra de Dios, un ser humano autónomo pero dependiente del Creador, un mundo secular pero habitado por el Espíritu...

Por esta razón es imposible dar a la simple pregunta de la encuesta una respuesta simple. Pero es de suponer que quien desea relacionar lluvia y rogativas, espera una respuesta sencilla y clara y acaso tome cualquier otra por elucubraciones de teólogos que no tienen mejor cosa que hacer.

Habría, pues, que correr ese riesgo, pero en vistas de aminorarlo intentaré formular unas pocas **tesis** al alcance de todos que no tendrán otro remedio -eso sí- que ser formuladas de modo dialéctico.

1. Se puede pedir la lluvia, pero siempre que ello no signifique ver a Dios como el encargado de solucionar nuestros problemas.

Se puede pedir la lluvia porque la persona religiosa reconoce su radical dependencia, su total menesterosidad. La persona religiosa -y si no, no es tal- sabe que pertenece al grupo de los pobres, y propio de los pobres es pedir y agradecer. Y como tiene a quien hacerlo, el hombre religioso lo pide todo: la paz, el pan de cada día, la venida del Reino... y la lluvia.

Pero, siendo pobre, el cristiano es pobre de espíritu. No toma a Dios como si fuera alguien de este mundo, una persona entre otras, un

pariente bien situado al que se puede acudir en momentos de apuro. Por el contrario, sabe que estamos en sus manos misericordiosas -y terribles- y por tanto más bien teme que desea las manifestaciones divinas. Acude a Él pero no quiere caer en la tentación de utilizarlo. *"Apártate de mí, que soy un pobre pecador"*. En vez de aprovecharse de la ventajosa situación de la pesca milagrosa, Pedro se asusta de haber sido sujeto de un acontecimiento extraordinario y muestra así un afinado sentimiento religioso.

Y, sin embargo, por medio de su Hijo, ese mismo Dios nos ha animado a pedir y nos ha asegurado que recibiremos. Ni a Él ni a nosotros mismos hacemos injuria si seguimos su consejo.

2. No se puede pedir la lluvia si no hay un compromiso de hacer algo personalmente.

No hay oración de petición digna de su nombre que no vaya acompañada de una voluntad de compromiso. Quien demanda la lluvia ha de restringir su propio consumo de agua, ha de plantar árboles, ha de apoyar campañas de reforestación o proyectos de trasvase.

Una cosa no es contradictoria con la otra. El salmista afirmaba que si el Señor no construía la casa, los albañiles se afanaban en vano. No decía, sin embargo, que éstos se abandonasen en su afán ni que cesaran de colocar ladrillos y cemento. La plegaria no es alternativa de la acción, sino dialéctica con ella.

No es ningún secreto que la oración siempre ha estado bajo sospecha y más que las otras la oración de petición. Se la mira -y no sin razones- como un subterfugio para librarse de la carga del existir, depositándola en las manos de un Dios al que Bonhoeffer calificó de "tapagujeros".

Y es que fácilmente late en el fondo de estas peticiones incomprometidas -hay que repetirlo de nuevo- la idea de un Dios intramundano, un ser entre los muchos de este mundo, tan bien situado para "mangonear" en nuestro favor que nos ahorra nuestras propias responsabilidades.

Seguramente es insuficiente para acallar esas objeciones el simple desmentido, que únicamente puede tener fuerza si viene acompañado del testimonio de nuestra acción. "*Dadles vosotros de comer*" es un mandato que acompaña a la multiplicación de los panes y que en este caso puede parafrasearse así: "*Dadles de beber, dadles de regar...*"

3. Con estas dos tesis formuladas brevemente podría terminar este básico planteamiento del tema. A mi modo de ver quedaría, empero, incompleto si no se añadiese una tercera de distinto alcance, pero que, pese a su primera apariencia un poco chocante, no deja de tener importancia. Dice así: **no se deben hacer procesiones de rogativas.**

A pesar de la moderna querencia de los católicos por las manifestaciones públicas, las rogativas -son muy tradicionales- poseen elementos muy negativos.

Lo que antes se ha dicho sobre la oración de petición -y concretamente de la petición de lluvia- tiene sentido únicamente dentro de una lógica cristiana. Si esa lógica se saca a la plaza pública es porque se busca además el testimonio. Pero en ese terreno hay que andarse con cuidado: no toda expresión creyente ni toda actitud radical son por sí mismas testimoniales.

Las rogativas públicas por la lluvia tienen fácilmente a los ojos de los espectadores "laicos" una carga de ininteligibilidad que las hace inútiles como testimonio. Y no sólo inútiles sino contraproducentes, como acechadas que están por el ridículo y el "kitsch".

Ciertamente muchos disenterán de estas últimas aseveraciones, porque determinadas corrientes en la Iglesia abonan hoy este género de ostensiones en las que prima el espectáculo y con las que parece decirse que *"creemos porque es absurdo"*. Pero la tradición católica no abona esta postura. Si siempre ha deseado que la fe buscase la inteligencia, mucho más habrá de hacerlo en medio de un mundo de ofertas plurales, pero en el que la razón aún ocupa un lugar decisivo y es un obligado elemento de contraste.

En un libro reciente Schillebeeckx ha investigado las condiciones en las que se puede hacer una oferta razonable de la fe. Si es imposible reproducirlas aquí, lo cierto es que restringen en gran medida el campo en el que es posible un testimonio serio y profundo, lejos del proselitismo y la conquista. Ciertamente las procesiones de rogativas no pertenecen a ese grupo.

De una parte tienden a reforzar la imagen de la Iglesia como un residuo folklórico, con ese valor añadido de pintoresquismo que nunca es mal recibido en las aburridas sociedades urbanas.

De otra pueden ser un insulto a un mundo que puede, si quiere, resolver el problema del agua. Para usar una expresión ahora de moda, dichas procesiones no son *"políticamente correctas"*.

JOSÉ M^a CASTILLO

Yo creo que tiene pleno sentido cristiano la oración de petición en general. Pero con tal que se tengan muy presentes las siguientes *matizaciones fundamentales*.

I. En ninguna parte está garantizada la eficacia indefectible de la oración de petición, salvo en el caso que le pidamos a Dios que nos comunique o nos dé su Espíritu, es decir, que nos acreciente su favor, su amistad, su gracia y el espíritu evangélico. Por lo tanto, cuando pedimos en la oración bienes materiales (la lluvia, por ejemplo), no tenemos ninguna garantía de que Dios nos vaya a conceder lo que le suplicamos, aun cuando hagamos nuestra oración con fe, con confianza, con constancia, etc. Y no vale aducir a este respecto el texto de Mt 7, 7-11, en el que Jesús insiste: *"Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama le abren"* (Mt 7, 7-8). Téngase en cuenta que el evangelio de Lucas, en el lugar paralelo al de Mateo, termina su enseñanza sobre la oración de petición con estas palabras: *"Pues si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros niños, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?"* (Lc 11, 13). Por consiguiente, lo único que está garantizado, que Dios nos concede como fruto de la oración, es el don de su Espíritu. Por lo demás, *la experiencia nos enseña* que muchas veces le pedimos a Dios, a la Virgen, a los santos, por ejemplo la curación de un enfermo, y aun que lo hagamos con constancia, con confianza y con todo lo que se quiera, el enfermo no se cura. La evidencia en este sentido es patente. Y me parece inicuo culpabilizar a las personas que piden y no obtienen lo que piden, como si las culpables de la ineficacia de la oración fueran ellas, porque no han rezado con suficiente fe, constancia o cosas por el estilo. Digamos, de una vez por todas, que la

eficacia de la oración no está garantizada en ninguna parte, salvo que le pidamos a Dios que nos aumente su favor y su gracia.

2. Es natural, es humano y es cristiano que le expongamos al Señor nuestras preocupaciones, lo que nos hace sufrir o nos angustia.

Porque si estamos convencidos de que el Señor es nuestro Padre, lo natural y lo lógico es hablar con nuestro Padre de lo que nos preocupa o nos hace sufrir. Pero adviértase que hablo de exponer a Dios determinadas situaciones o asuntos concretos. Me gusta más la palabra "exponer" que la palabra "pedir", porque Dios sabe de sobra lo que de verdad necesitamos. En este sentido, quiero insistir en una cosa que me parece importante: pedimos a Dios cosas en la medida en que sufrimos por esas cosas. *Nuestro sufrimiento es nuestra mejor oración*, es la única verdadera oración. Hay personas que cuando pasan una gran tribulación, a veces se reprochan que no han tenido ni fuerzas, ni confianza para rezar. Tales personas no se deben preocupar por eso. Ya digo que nuestro sufrimiento es nuestra oración por excelencia, nuestra oración más profunda y más intensa. De esta manera purificamos a la oración del sentido mágico que con frecuencia le atribuimos sin darnos cuenta. Hay magia en la oración cuando en ciertos actos o a determinados gestos piadosos les atribuimos un efecto automático e infalible. Por ejemplo, el que está persuadido de que si reza a tal santo, en tal sitio y a tal hora, obtiene indefectiblemente lo que solicita. Eso es pura magia. Y de cosas de esas está llena la vida cotidiana de mucha gente. Desde este punto de vista, pienso que no pocas rogativas, que sacan a los santos y a las vírgenes en procesión, están contaminadas de un sentido de magia, que habría que evitar. Por eso insisto que es cristiano exponer a Dios lo que nos hace sufrir, pero no intentar manipular a Dios, para ponerlo a nuestra disposición. Esto último es magia. Y la magia es un fallo detestable. En cuanto al problema concreto de la lluvia, pienso que es aventurado dar un

veredicto tajante. Porque la pura verdad es que ni sabemos exactamente hasta dónde llegan las leyes de la naturaleza. Ni nos podemos hacer idea exacta de lo que significa, hasta sus últimas consecuencias, lo que llamamos la omnipotencia de Dios. Todo eso es demasiado misterioso como para arrogarse con petulancia la capacidad de dar una sentencia intocable. Por eso, me mantengo en lo que he dicho: es cristiano exponer al Padre lo que nos hace sufrir. Lo demás, dejarlo en sus manos.

3. En ningún caso se puede utilizar la oración para camuflar o justificar nuestras incoherencias.

Me explico con un ejemplo: es absurdo que a causa de nuestro nivel de vida, consumista y despilfarrador, destruyamos el equilibrio ecológico y climático; y luego nos pongamos a rezar para que llueva. La oración no puede ser nunca la tapadera de nuestras incontinencias y de nuestros abusos. Es ridículo que el borracho se canse de rezar para que no le ataque una cirrosis; o que el fumador le pida a la Virgen que no le dé el cáncer de pulmón. En todos esos casos, la oración es un autoengaño. Seguramente la sequía que venimos padeciendo, en amplias zonas del planeta, es la señal que nos indica que debemos ser más austeros y más cuidadosos en el uso del agua. Por lo tanto, la sequía, más que una invitación a la oración, es una interpelación para un examen de conciencia colectivo. Es más, yo estoy seguro de que si una mínima parte de lo que se ha gastado en armamentos de guerra, se hubiera empleado en investigaciones para ver cómo potabilizamos el agua de los mares, seguramente a estas alturas tendríamos unos resultados sorprendentes y a un bajo costo. Por lo tanto, insisto en que la oración no se debe hacer nunca cómplice de nuestras intemperancias o de nuestras imprudencias. En el fondo, es enfocar correctamente el problema del mal. Hay males que no dependen, en modo alguno, de la libre decisión de los hombres. Pero yo estoy persuadido de que la mayor parte de los males

están condicionados por la libre iniciativa humana. Un ejemplo: no es lo mismo un terremoto en un país rico que en un país del Tercer Mundo. El mismo terremoto, de la misma intensidad, en un caso ocasiona sólo unas cuantas víctimas, mientras que en el otro los muertos se cuentan por cientos o por miles. no digamos nada de las enfermedades, las epidemias, las consecuencias de la falta de asistencia sanitaria, etc. Sencillamente, organicemos mejor el mundo, la economía, la política, la solidaridad, y entonces la oración no será tan necesaria. Es más, entonces la oración tendrá su verdadero sentido.

CARLOS DOMÍNGUEZ MORANO

Si tuviera que encabezar estas reflexiones sobre la conveniencia de pedirle a Dios la lluvia, lo haría bajo el título de *oración de alto riesgo*. Oración, pues, que considero psicológica y cristianamente defendible. Oración, sin embargo, tan arriesgada, que a mí, lo confieso, me produce vértigo. Y cautelosamente la evito.

Riesgo enorme de deformar al Dios del que me habló Jesús, convirtiéndolo en esa representación omnipotente y peligrosa que el hombre se ve impulsado a crearse como soporte para sobrevivir. No le oí nunca a Jesús pedirle a Dios la lluvia ni nada que se le pareciera. En un momento de tentación le pidió que interviniese cambiando en su favor el rumbo de la historia. Y la oración le hizo comprender que valía más que se realizara la voluntad del Padre que la suya. Así adquirió la fuerza para asumir la negritud que se le venía encima. Y sólo así se manifestó con plenitud lo que Dios era: el amor que se expone y entrega, y no poder que se impone y vence.

Riesgo inmenso también para mí, confundiéndome en la relación con un dios configurado al gusto de mis inconscientes sentimientos de omnipotencia. Dios, por tanto, inventado como una prolongación de mí yo más infantil. A mi gusto y para mí. Clausurándome en un círculo que imposibilita la libertad y la conciencia de lo que soy: finitud expuesta a la contingencia y, como una expresión de ella, a las leyes y ritmos de la naturaleza.

Y, sin embargo, tengo que reconocer que existen situaciones límites en las que esa oración de petición y socorro salta como un resorte primitivo. Quizás sería así también para mí en el caso de la lluvia si yo fuera un campesino al que le faltara ya el pan para sus hijos. Podrían ser otras circunstancias en mi caso. Le dejaré entonces un lugar a la oración de petición y socorro. Como el amado le deja un

día lugar a llorar como un niño en el regazo de su amada, transformada así en madre consoladora. Tras el llanto deberá recuperar su realidad de adulto para comprender que ni él es un niño ni su amada es la madre. Sabe, además, muy bien que sólo renunciando a la amada como madre la podrá encontrar como mujer. Pero quizás su llanto infantil le sirvió para acometer su adultez con más brío. Una "retro--progresión" decimos los psicólogos. Un sabio regresar para retomar el impulso hacia adelante.

Quiero pensar que con Dios asimismo me relaciono por entero. Con el niño indefenso también cuando le pido. Porque no debe haber zona ni sentimiento excluido por principio en mis relaciones con El. Mi adulto, sin embargo, sabe que sólo aprendiendo a no pedir infantilmente podrá aceptar que Dios no me es "necesario". Ya que sólo cuando no lo necesito podré desearlo y encontrarlo como un Tú libre y diferente. Más allá de la necesidad. Desde el deseo.

Por eso, cuando haya aprendido a vivir sin pedir que la realidad se me acomode, cuando haya aprendido a "tragarme" mi impotencia, mi limitación y mi soledad, podré gozar y enriquecerme en el encuentro con el Otro. Y, quién sabe, en algún momento, podré también expresarle mi frustración, mi necesidad y mi demanda. Con un respeto absoluto a su libertad. Porque sólo de ese modo soy respetuoso con la mía.

Mi ser más adulto debe imponerse así, limitando la aspiración infantil de mi necesidad. Saber conformarla según lo que de Jesús ha aprendido. Sabrá de este modo situarse delante de Dios sin ocultar su carencia, su tristeza, su impotencia y su necesidad...: la sequía. Asumiendo, sin embargo, con toda la serenidad posible el silencio de Dios, su no respuesta, y su "abandono".

Sólo así, por lo demás, dejaré un espacio en mi fe a la increencia. El espacio necesario para que mi fe no sea un mero sueño de totalidad,

una seguridad de corte maniaco que se niega a aceptar que Cristo estuvo tres días muerto. Tres días en los que reinó el fracaso, la muerte y la oscuridad del silencio de Dios. Y yo encuentro peligrosa la fe que se precipita a la resurrección sin respetar los tres días que constituyeron en la fe cristiana el tiempo de la muerte y de la nada.

"Pedid y se os dará", se nos ha dicho (Mt 6,7). Pero lo único que nos está garantizado es que se nos dará el Espíritu (Lc 11, 13). Y el Espíritu, tal como yo lo entiendo, es la fuerza que empuja, transforma, rompe moldes en el corazón de la historia humana y en cada hombre y mujer que la componen. Por eso me siento cómodo cuando pido la transformación de los corazones, del mío y del de todos mis hermanos. Creo que ahí sí interviene Dios, que interacciona auténticamente con la vida, que rompe moldes y obra "milagros". Pido así en la confianza del que pudiera encontrar y recibir. Del agua, por eso, prefiero pedir que los corazones humanos se impulsen en la generosidad para compartirla, en la sabiduría para provocarla y en el ingenio para controlarla. Eso sería acabar de verdad y por siempre con la sequía. Con la más terrible, que es la de los corazones. Y ese milagro, siendo mayor que el de recibir la lluvia, lo pido y, con la paciencia de los que saben cómo progresa el Reino, lo espero lleno de confianza.

FELISA ELIZONDO

Pedir la lluvia. De una a otra ingenuidad.

Una situación como la que atravesamos en esta franja geográfica ha vuelto a suscitar la pregunta que había asomado en decenios anteriores, en el contexto del debate en torno a la secularización, sobre si es congruente orar pidiendo expresamente la lluvia como don del cielo.

La respuesta que podemos ofrecer no puede a su vez ignorar esa larga práctica que se registra en la historia de las religiones, y entre ellas la cristiana. Vienen a la mente las palabras que Gertrudis von le Fort pone en boca de la Iglesia en uno de sus *himnos*: "*Aún tengo oraciones que escucha la campiña, / aún sé cómo se amansan tempestades / y se bendice el agua...*" Las *preces* por la lluvia siguen entre los textos de la liturgia, aunque la urbanización de la cultura haya alejado de nosotros los que fueron rezos oídos todavía en nuestra infancia.

Efectivamente, se trata de una súplica mantenida a través de milenios que puede documentarse fácilmente en *un recorrido por los Salmos*, la oración de Israel heredada por el cristianismo. Una forma de orar que dura más que los cambios que las cosmovisiones han conocido en el curso de los siglos. Los salmistas oran asociando la alabanza de Yahvé con la necesidad de la lluvia benéfica para la tierra que trabajan:

"Tú cuidas de la tierra, la riegas y enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas sus trigales, así la preparas: riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja esponjosos, bendices sus brotes," (Sal 65, 10-11)

El recuerdo de la travesía del desierto se actualiza en la relación cotidiana con la tierra. Una y otra realidad invitan a la alabanza del que cuida de la vida del pueblo:

*"Cuando atraviesan el Valle Árido,
beben de manantiales, la lluvia temprana lo cubre de albercas."
(Sal 84,7)*

*"Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda." (Sal 104,13)¹*

Sucede que el corpus de oraciones bíblicas está atravesado por la convicción de que todo descansa y obedece al Señor, con una inmediatez que hoy ya no percibimos de la misma manera. Al Señor en cuyas manos está el universo se dirige la invocación espontánea del fiel que presenta su propia situación con la imagen de la tierra necesitada de agua;

*"Mi garganta tiene sed de ti, mi carne tiene
ansia de ti como tierra reseca, agostada, sin agua." (Sal 83,2)*

Que la lluvia ha hablado de Dios a los creyentes puede advertirse en muchos testimonios. Así estos versos que un poeta contemporáneo escribe a modo de comentario a la ausencia de lluvia con que comienza el segundo relato de la creación en un intento de decir la indecible "soledad", la que el acto creador interrumpe:

*"La lluvia ha sido dada al hombre
para consuelo en el destierro,
como el amor y la belleza,
como el recuerdo, como el sueño.
Es la lluvia una de esas pocas*

¹Podrían citarse además: *"Entonad la acción de gracias al Señor,/tañed la citara para Dios/ que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra"* (Sal 147,7-8). Y la alabanza que presta voz a la lluvia en el canto: *"Alabad espacios celestes y aguas que cuelgan del cielo"* (Sal 148,4).

*verdades que Dios nos ha puesto
a nuestro lado...*²

Ahora bien, aunque los textos y los usos no se hayan perdido del todo, parece necesario reconocer que *los creyentes actuales* no encuentran tan "natural" como fue en tiempos pasados hacer esa petición. Como si hubieran perdido una ingenuidad primera a medida que se ha problematizado la comprensión de la realidad que hoy consideramos pre-moderna.

Desde los años sesenta, por ceñirnos a la etapa más cercana, se viene repitiendo que la crisis de la oración -y dentro de ella de la oración de petición- se asocia al retroceso, inevitable, de una idea de Dios. Al caer bajo sospecha un entendimiento de su relación con el mundo que resiste mal las críticas y el diálogo con otros modos de abordar la realidad. Así, aquel modo de pensar a Dios como fundamento necesario y causa primera, aquel hablar de su presencia y acción en términos de señorío y poder, han conocido una interrogación que se ha dejado sentir en la conciencia de los creyentes, por otra parte nada insensibles a un ambiente cultural progresivamente secularizado.

De ahí que la oración, que no es aislable de la mentalidad de quien ora, se vea afectada tanto por la "curvatura sobre la propia subjetividad" que parece caracterizar al pensar moderno como por la visión secularizada que mantiene celosamente la mundanidad del mundo. La que apela a una responsabilidad que los humanos no pueden eludir con apelaciones a lo alto.

No es extraño que en esta coyuntura una forma de orar como la del que pide a Dios que haga llegar la lluvia resulte pronto "ingenua" y hasta improbable. Y que surja una y otra vez la pregunta por la congruencia entre nuestro creer en un mundo secular y la espontanei-

²J.M. Valverde, "*Bendición de la lluvia*", en *Poesías reunidas*, 1990, p. 38.

dad de la petición. La crisis resulta esperable también en la medida en que se ha producido una variación importante en la manera en que la teología plantea la "distancia" y la "presencia" de Dios en el mundo al que ha dado el ser. Una variación de la que no están al margen los creyentes. De hecho, la espiritualidad actual redescubre en otra profundidad la "solicitud personal" de Dios que en Jesús se mostró como benevolencia, compasión y generosidad desbordantes y anticipadas. Bastaría recorrer algunas páginas sobre la oración escritas por autores como Rahner o Schillebeeckx para advertirlo.

En estos años, a propósito de esta nueva situación, se ha recordado que la oración es *"la prueba crucial de la fe cristiana"* y la oración de petición *"la prueba de la prueba"*³. Decenios atrás, en su ya clásico estudio sobre la oración, F. Heiler había hecho notar cómo una concepción del mundo que heredó de la física la fijeza de sus leyes había quitado lugar a la oración ingenua entre intelectuales y habitantes de las ciudades.

Nos vemos llevados por tanto hacia "otra ingenuidad", entendiendo por ello la actitud desarmada de quienes oran confiados en Alguien que escapa a nuestro pensar, al Dios que desborda nuestras mismas ideas sobre lo divino. Pedir que la lluvia descienda será confesar una fe en el Creador que trasciende lo creado sin dejar al mundo desasistido de su presencia. Recordar, aceptando lo inagotable del misterio, que Aquel "a quien los cielos no pueden contener" no está lejos de la tierra que los humanos hemos recibido como casa y tarea: "la tierra la ha dado a los hombres" (Sal 115, 16). Que, libres y con la marca de su imagen, "en Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hech 17, 27-28), curados de una radical soledad sin que nos sean desveladas su presencia y cercanía.

³Cf. G. Greshake - G. Lohfink (eds). *Bittgebet-Testfall des Glaubens*, Maguncia, 1978, 10.

La comprensión bíblica y cristiana de la creación reconoce que ese incomparable "*gesto de gratuidad*" desborda categorías como causalidad y determinismo, que no han dejado de presentar dificultades en el pensar sobre Dios y el mundo. Aquel que nos hace ser y mantiene en la existencia las realidades no se desdice de la consistencia con que las ha dotado. Y como Creador y Padre acompaña el curso de la historia con una presencia cierta y cercana, difícil de advertir en su "*respetuosa discreción para con las obras de sus manos*".

En esta comprensión, la petición sigue expresando a su modo nuestra elemental penuria y nuestro imparables deseo de bien. Mantiene su carga de verdad y sentido. A condición de que salte el cerco de su egoísmo corto y no se detenga en los bienes sin dejarse atraer por la Fuente de la que proceden, como avisa ya una advertencia antigua. A condición también de desear que el don alcance a todos, como sale el sol para justos y pecadores... Pedir algo, pedir la lluvia, es también respetar la tierra que habla a nuestra responsabilidad desde su sed.

En suma, pedir la lluvia hoy, con una nueva ingenuidad, equivale a reconocer con sencillez y verdad que no estamos solos en un mundo lleno de problemas que no queríamos eludir. En último término, *pedir es dejar descansar* -aquí la recomendación evangélica de la sobriedad de las palabras- *nuestras expectativas en la misteriosa profundidad de Dios*. En el lugar donde nace y en el que se refugia al fin la esperanza.

Nacida de la fe que asiste para descubrir las huellas de Dios en las realidades y los sucesos, la petición se funde al fin con la confianza, sin pretender la certificación de la respuesta, aunque cierta de la bondad de Aquel a quien se dirige.

MIGUEL ESTRADÉ

La pregunta no puede ser más directa ni más concreta: *¿es cristiano pedir a Dios la lluvia?* Según la carta que recibí, la respuesta debería ser también directa y concreta: Sí, o No. No parece correcta la indecisión: Sí, pero..., No, pero... De todas maneras, antes de dar una respuesta concreta, necesitaría preguntar yo a mi vez: *¿Cómo sabremos que algo es cristiano?*

Si lo es porque muchos cristianos lo hacen, entonces deberemos responder que sí: es cristiano pedir a Dios la lluvia, porque muchos cristianos se la piden. Si ser cristiano significa estar de acuerdo con el evangelio, entonces tenemos que está escrito: "*Pedid, y Dios os dará*", etc. Pero ¡cuidado con las interpretaciones fundamentalistas! Si lo es por ser coherente con unas creencias cristianas, teniendo en cuenta que la creencia no existe en abstracto, sino que lo existente y lo real son hombres y mujeres que creen, y sabiendo que cada uno tiene sus creencias y de ellas vive, la respuesta quedará en suspenso: para unos sí, para otros, no. Oigo que alguien me dice: "*¿Y para ti?*".

Antes de responder voy a otra pregunta: *¿Qué significa pedir?* La petición suele nacer de un deseo que nace a su vez de una necesidad. *Necesidad -deseo- demanda* sería pues la secuencia normal en estos casos. En nuestras relaciones interpersonales tenemos mucha experiencia de ello en campos diversos. Incluso en el hecho de comprar, porque comprar es de alguna manera pedir: deseamos algo porque lo necesitamos y lo pedimos comprándolo.

Nos hemos situado en el terreno de las infraestructuras, inevitable e imprescindible siempre que hablamos de cosas que nos afectan en el campo de la fe. Esas infraestructuras nos recuerdan que muchas veces si uno se encuentra ante una persona a quien quiere y de quien se siente querido, en quien confía porque sabe que está íntimamente

interesada por lo que a él le pueda suceder, la secuencia mencionada se transforma en esta otra: *necesidad-deseo-expresión*. Notemos que la *petición* de la cosa se convierte en *expresión del deseo*. Y lo curioso es que no expresamos el deseo para que él, o ella, lo solucione, sino porque sencillamente no podemos dejar de compartirlo con él, o con ella, cuando media el amor.

Decía el P. Teilhard de Chardin que el día del Señor podría adelantarse por una acumulación de esperanza. Hablando un día de ecumenismo, me atreví a insinuar que la unión de los cristianos quizá se adelantaría por una acumulación de deseo. Y añadía que a lo mejor es éste el cometido de los monjes: en el silencio, en la oración, en la caridad ecuménica, acumular deseo. ¡Hasta que llegue la unidad! El deseo apunta directamente al misterio, es fruto siempre de una necesidad sentida, de una carencia profundamente experimentada, y suele desembocar en petición ardiente..., o, lo repito, en simple expresión confiada.

Llegados aquí, me atrevo a cambiar el tenor de la pregunta inicial y decir: *¿es cristiano desear a Dios la lluvia?* ¿Quién se atreve a decir que no? Para ser consecuentes, deberíamos cambiar otra cosa: en vez de hablar de oración de petición, podríamos hablar de oración de deseo. Y podríamos decir que con Dios es perfectamente válido lo que experimentamos en presencia de una persona amada: *A mayor amor, más confianza y menos peticiones*.

Para apoyar todo lo dicho presento una descripción de oración: *respuesta del hombre cuando tiene conciencia de la realidad de Dios en Dios mismo, en los demás (hombres, hechos, cosas) y en el propio corazón*. Entonces nos hallamos cogidos en una pregunta inevitable: ¿Quién es Dios para ti? Si es el Padre del cielo que sabe que tenemos necesidad de todo eso (cfr. Mt 6,32), ante Él podemos no pedir nada, pero no podemos dejar de desearlo todo. ¡Y también este deseo lo sabe nuestro Padre!

Nos encontramos en el terreno de la oración de situación. Imitando al poeta que escribió: *"Sunt etiam lacrimae rerum"* (también las cosas tienen su llorar), deberemos decir: También las cosas tienen su orar. En la carta se nos decía que la "lluvia" simboliza todas esas series de cosas materiales que la gente suele pedir a Dios en sus oraciones: y ahora podemos decir que esta expresión fácil y cómoda de "las cosas" simboliza toda la tremenda complejidad de las coyunturas, de las eventualidades, de los momentos por que pasa cada uno de los hombres del mundo a lo largo de su vida.

Pienso que ésta es la postura de san Agustín en la carta 130, a la viuda Proba, cuando le dice: *"Ora beatam vitam"*. El verbo "orare" en san Agustín suele tener el sentido de pedir y por esto la frase debe ser traducida por: pide la vida feliz. Pero en la misma carta se interpreta la frase de san Pablo: *"sine intermissione orate"*, diciendo: *"¿Qué significa esto sino: desead constantemente recibir del único que os la puede dar la vida feliz, que no es otra que la eterna?"*. Y pocas líneas antes ha escrito: *"Es pues por la fe, la esperanza y la caridad, de donde surge constantemente el deseo, que oramos siempre"*.

Ya sabemos la importancia que para el obispo de Hipona tenía el deseo, pero es bueno recordarlo. Y basten unos ejemplos: *"Hagas lo que hagas, si deseas el sábado eterno, no cesas de orar. Si quieres no cesar de orar, no ceses de desear. Tu deseo continuo será tu voz continua"*. Y en otro de sus sermones dice prácticamente lo mismo: *"El deseo siempre ora, aunque calle la lengua. Si no cesas de desear, no cesas de orar. ¿Cuándo es que se adormece la oración? Cuando se enfría el deseo"*. Y me atrevo a citar otro texto: disponiéndose a explicar un pasaje oscuro, dice a sus oyentes: *"Que vuestra oración me ayude; el mismo deseo que tenéis de entender la cosa es ya una oración a Dios"*.

La pregunta que se nos ha pedido responder enlaza con lo que dice san Agustín en esta misma carta a Proba. Se pregunta si no es extraño

que nos diga que pidamos, y llamemos y busquemos precisamente Aquél que conoce lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. La respuesta que él mismo se da es la siguiente: *"Lo sería, extraño, si no comprendiésemos que el Señor y Dios nuestro no quiere con esto que le hagamos conocer nuestra voluntad, que no puede ignorar, sino que lo que quiere es que nuestro deseo en la oración se ejercite y se haga capaz de recibir lo que Él tiene preparado para darnos [...]. Seremos tanto más capaces de acogerlo [...] cuanto más fielmente lo creamos, más firmemente lo esperamos, con más ardor lo deseamos"*. ¡Y no habla para nada de pedirlo!

Volvamos al lugar donde empezamos: *¿es cristiano pedir a Dios la lluvia?* Lo que sí es cristiano es desear ante Dios la lluvia cuando la lluvia es necesaria. Y muy cristiano es, porque nos hace solidarios de las situaciones angustiosas de nuestros hermanos los hombres. ¿Pedirla? Bueno, no es ningún pecado, pero tampoco es ninguna obligación. Si un deseo intenso acuciado por una gran necesidad desemboca en ardorosa súplica, no está mal; el corazón necesita descargarse a menudo en semejantes actitudes. Si el mismo deseo y la misma necesidad se quedan quietos en el dintel de la petición y se conforman con una mirada suplicante y confiada, tampoco está mal, antes lo encuentro muy bien.

Y al final, ¿qué?: *¿Es cristiano pedir a Dios la lluvia?* Pues sí y no. De veras que no quería llegar a esta indefinición: Sí, pero...; no, pero... Sin embargo, a ella me ha llevado el trazo de mi pensamiento. ¡Dispénsenme!

JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ RUIZ

No podemos negar que, llevados por una especie de racionalismo teológico, modernamente despreciamos el valor de la oración de petición, como si ésta implicara la necesidad de demostrar racional o científicamente la existencia de Dios.

Este afán apologético ha disipado la fe de muchos excristianos, que, a decir verdad, nunca o casi nunca tuvieron una profunda experiencia religiosa. Los grandes santos nos han dado ejemplo de una combinación de fe desnuda y gratuita en Dios y, al mismo tiempo, de esperanza -y aun de espera- de que Dios en un momento dado va a atender la petición de sus fieles adoradores.

Naturalmente *el cristiano tiene que partir del modelo que fue el propio Jesús*. Él, en la oración del huerto, le pidió a su Padre Dios que lo liberara de los tormentos que adivinaba: e hizo una petición profunda, ya que, según Lucas, *"los chorros de sudor de sangre caían sobre la tierra"*. Eso sí, Jesús se atiene siempre a la condicional: *"Si es tu voluntad"*.

Con la condicional la oración de petición puede tener efectos espectaculares; pero suele faltar muchas veces la fe y la esperanza. Quisiéramos que Dios nos diera un número de orden para no tener que cansarnos en la espera.

Pero la *historia del cristianismo muestra que grandes creyentes*, muchos de los cuales no llegaron a los altares, *han logrado con sus ruegos efectos admirables*, que no habrían surgido si no se hubiera dado esa oración.

Por consiguiente, a la crisis de fe profunda que aqueja a nuestro cristianismo actual le acompaña esa actitud de racionalismo teológico que no cree digno humillarse para pedir a Dios la lluvia. ¡Y así nos luce el pelo!

MAXIMILIANO HERRÁIZ

"¿Es cristiano pedir a Dios la lluvia?" Se me pide una respuesta argumentada a la pregunta, en la que recae sobre el acto de pedir, más que sobre el objeto concreto de la petición, la lluvia. ¿Es razonable pedir a Dios? Demos por supuesto que, si es razonable, será cristiano.

A poco que una persona se detenga a pensar la pregunta, le asaltarán dos cuestiones en torno a las que trenzar con un poco de orden la respuesta: ¿Quién es Dios a quien pido? ¿Quién es el hombre que pide? Por lo tanto, ¿qué relación es la que se establece entre Dios y la persona, y que llamamos oración, y en esa modalidad concreta de petición?

1. El Dios y Padre de Jesús

He sido educado en el seguimiento de Jesús por Teresa y Juan de la Cruz. Juan de la Cruz me ha enseñado a reconocer a un Dios *"cuyo único deseo es el de engrandecer"* a la persona. Y *"como no hay otra cosa en que más la pueda engrandecer que igualándola consigo, por eso sólo se sirve de que le ame"*. *"Igualdad con él... de amistad"* (C 28,1).

Amor, el de Dios, que no sólo iguala y asemeja sino que "somete" al amante. Escribe el doctor místico: *"Aún llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma..., que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si él fuese su esclavo y ella fuese su Dios. ¡Tan profunda es la humildad y dulzura de Dios!"* (C 27,1). Por estas cumbres o profundidades vuela su vuelo o hunde sus raíces *"la omnipotencia suplicante"* de la mejor creyente porque la más humilde, María.

Santa Teresa *"padeció"* a Dios como *"amigo de dar"*, *"el que no se cansa de dar"*, *"el que anda buscando a quién dar"*, que *"no haría otra cosa si tuviese a quién"*. *"¡Nunca se cansa de dar!"*. Y, por supuesto, porque *"Dios no ama a nadie menos que a sí mismo"* (C 32,6), desborda nuestros deseos. Exclama Teresa: *"¡Qué bajos quedaríamos si conforme a nuestro pedir fuese nuestro dar!"* (MC 5,6). Y, puesto que de lluvia se trata, Teresa nos ofrece, aunque en sentido contrario, una petición *"oída"*: a horas del traslado de sus monjas a la nueva casa en Salamanca *"hizo un agua tan recia... Y dije a nuestro Señor, casi quejándome, que o no me mandase entender en estas obras, o remediase aquella necesidad... Al tiempo de venir la gente comenzó a hacer sol..."* (F 19,9).

Con *este* Dios me relaciono, ante *este* Dios derramo mi interior, a *este* Dios oro. Creo que él, *"movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía"* (DV 2). Dios nos bendice con su infinita cercanía. Su hijo *"se hizo hermano nuestro en el pedir"*, o nos introdujo en la relación filial que le define a él mismo. Poseemos *"por participación, esos mismos bienes que él por naturaleza"*, *"el mismo amor"* (C 39-5-6).

2. El hombre, rico en su indigencia

El Dios *"que tanto amó al mundo"*, que *"es amor"*, sólo amor, no puede empequeñecer a los hijos nacidos y sustentados por su amor. Nuestra indigencia es presupuesto de nuestra abundancia. O ésta es la prueba de nuestro endeudamiento. *"No tenemos nada que no hayamos recibido"*. ¡También nuestra constitutiva pobreza creatural! Pobreza rebosantemente colmada por el don de la filiación, por la que podemos decir *"de veras"* lo que el Hijo dijo a su Padre: *"todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío"* (Jn 17,10). Y a esa pobreza original nos hace Dios volver por la purificación a la que nos somete: *"porque nos quiere bien, nos quiere bien solos, con gana de hacernos él toda compañía,*

ya que "sus inmensos bienes no caben sino en un corazón vacío y solitario". Sólo siendo libre y conscientemente lo que por naturaleza somos, criaturas, pero criaturas divinamente amadas, podremos vivir la relación con Dios creador, Padre *"ganoso de hacer mucho por nosotros"* (6M 11,1). Es decir, sólo aceptando y realizando nuestra verdad creatural, nuestra esencial indigencia de otros para ser, la manifestación de nuestra necesidad nos aparecerá como condición de ser, autónomos y dependientes, individuos y solidarios. Y quien en la verdad trata de vivir, la libertad cosecha, según sentencia de Jesús.

¿Qué comunicación puede darse entre personas que ignoran o no reconocen la verdad de sus carencias?: ¿que reconocidas las carencias no tienen, o por soberbia lo anulan, un amigo en cuyo corazón depositar su necesidad?; ¿que depositada la necesidad no descansen en la certeza de que el amigo será amigo en su respuesta, y en él podrán seguir descansando?

Y sólo en un corazón vacío y solitario cabe el amor desde el que nace la súplica, como confesión del único lenguaje "que Dios entiende" y que el hombre habla, al menos en los momentos en los que se expresa desde sus más profundas raíces. Y cuando desde ahí habla, el ofrecimiento y la petición se funden en la relación interpersonal más engrandecedora, la propia y específica del hombre: **la amistad**. La petición, toda petición, si es *humana*, expresa la confesión del amor que nos regala aquél a quien nos dirigimos. Sólo en el suelo de la amistad puede nacer la petición.

Y con la suave discreción y el distendimiento interior que la misma amistad crea en el corazón humano, y que tan bien captó Juan de la Cruz: *"el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido"*. Palabras que adorna con el ejemplo bíblico de María, la orante: *"como cuando la bendita Madre dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino,*

sino diciéndole: no tienen vino". Y recuerda también a las hermanas de Lázaro, en su mensaje a Jesús, el amigo: "el que amas está enfermo" (C 2,8). Presentar necesidades y dejar al amigo que sea él en la respuesta, porque le antepone a la concreta necesidad que le mostramos. Si la amistad se afirma y califica, la oración de petición alcanza su mayor cumplimiento.

3. ¿Petición eficaz?

Me he situado en la línea de la amistad Dios-hombre para caracterizar la oración. La oración *"es relación de amistad"*. La amistad, a su vez, asienta sobre la verdad de los protagonistas que la viven, y la desarrolla y profundiza. En esta línea, ¿tiene sentido -el que habitualmente le damos- el título de este apartado? La eficacia de la oración, la radical, la última y que da validez a cualquier otra, será aquella en la que Dios sea y aparezca en la vida del orante cada vez más Dios, Dios del amor gratuito, y la persona se adentre vivencialmente más en su verdad, que, por ejemplo, la *Gaudium et spes* presenta así: *"la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios"* (19). Esta eficacia fundamental es discernible.

Dios, en la verdad de su amor y respetando la verdad real, histórica del hombre, responde siempre, *"aunque no le guste"*, al orante atendiendo *"a fines que Dios conoce, fundados en la flaqueza"* de la persona (2S 21,2); y, a veces, *"condesciende con algunas almas, concediéndoles lo que no les está mejor"* (ib 3); *"condesciende enojado con los apetitos de las almas"* (ib 7). Pues *"no es de condición de Dios que se hagan milagros, que, como dicen, cuando los hace, a más no poder los hace"* (3S 31,9). Y hay que conocer *"la condición de Dios"*, porque de lo contrario *"no hay ni hablarle ni poder con él aunque hagan extremos"* (C 32,1). *"Dios es como la fuente de la cual cada uno coge como lleva el vaso"* (2S 21,2).

Este Dios le ha dado al hombre *"razón natural, y ley y doctrina evangélica, por donde muy bastantemente se pueda regir"* (ib 4). Y, por su *"Espíritu enseñador"*, está unido al entendimiento humano en la búsqueda de la verdad: *"ésta es una manera de las que enseña el Espíritu santo"* (2S 29,1). En la oración, dije más arriba, también en la de petición, no se disminuye el orante como persona. El asumirse como persona en búsqueda activa de aquello que se está pidiendo es fruto de la autenticidad de la oración. Jamás ésta nos llevará a una dejación de nuestra responsabilidad. Ni el ejercicio más auténtico de nuestra responsabilidad. Ni el ejercicio más auténtico de nuestra ¡siempre co-rresponsabilidad! disminuirá la conciencia de la presencia del OTRO, y de los otros en el logro de lo que seguimos pidiendo. La oración, porque es trato de amistad, ensancha y profundiza la conciencia del *nosotros* en relación de *gratuidad*. ¡Y aquí está la eficacia de la oración! Discreta, revolucionaria, divina eficacia.

FRANCISCO MARTÍN RODRÍGUEZ

1.- Antes de responder a esta pregunta quiero hacer *dos observaciones*.

a) Mis consideraciones se hacen desde Andalucía donde la lluvia es una necesidad urgente. El campo está desertizándose. Las personas, en una parte importante de la región, no tienen agua para satisfacer sus necesidades higiénicas y está subiendo el consumo y el coste del agua mineral para beber. Se está creando una psicosis que afecta a la convivencia y crea preocupación para el futuro si no llueve a corto plazo.

Puede que la sequía, que no sólo afecta a esta región, sea fruto de nuestra falta de previsión, de no haber previsto con tiempo soluciones, de habernos creado necesidades propias de pueblos ricos y que están situados en regiones de lluvia. Hemos pasado muy precipitadamente del subdesarrollo al desarrollo de los países de nuestro entorno.

b) La pregunta sobre si debemos rezar por la lluvia no tiene sentido en sí misma. La lluvia, en un determinado contexto, puede ser una necesidad urgente, más o menos coyuntural. Pueden darse otros contextos y otras coyunturas distintas y pueden darse necesidades urgentes que no sean la sequía. Quiero responder a la pregunta considerando la lluvia una ocasión para reflexionar sobre la oración de súplica: rezar por necesidades concretas sean urgentes o coyunturales.

2.- Personalmente he de confesar que me siento incómodo muchas veces cuando se reza por la lluvia y cuando se hacen oraciones por necesidades concretas... Quiero respetar a quienes hacen estas

peticiones, especialmente si se trata de oraciones en celebraciones eucarísticas, en las que cada uno se expresa como es y en su manera de rezar expresa su fe. Por eso *mi inclinación a decir que no es cristiano rezar por la lluvia*: no le veo sentido cristiano a muchas de las oraciones de petición que se hacen y en concreto a rezar por la lluvia.

Las *razones* de esta "negativa" son teológicas. Parten de la falta de sentido teológico. No digo que la oración por la lluvia no tenga sentido, digo que los cristianos que rezan por la lluvia pueden darle a esta oración un sentido poco cristiano. Las razones de mi malestar se pueden resumir en tres:

a) *Muchas veces estas oraciones reflejan una imagen falsa de Dios* percibido como solución fácil de problemas y de situaciones concretas difíciles o imposibles. Es la imagen de Dios que desde su trono lo controla todo y puede hacer lo que quiera como quien tiene en sus manos todos los poderes para hacer o deshacer a su antojo. Se deja de lado la imagen cristiana de Dios, encarnado en la debilidad, poderoso por el amor, cercano, infinitamente cercano a quienes sufren y a quienes no saben o no pueden resolver sus problemas, un Dios que respeta con amor y acompaña a quienes sufren.

b) *La oración de petición brota muchas veces del interés*, de la necesidad que nos urge resolver. Nos acordamos de Dios en razón de nuestros intereses. Rezamos a Dios para pedir aquello que nosotros ya no podemos hacer, porque tenemos intereses que nos desbordan... Puede que no pensemos en Dios si no es cuando truena. Si nos lo concede, nos quedamos tranquilos y felices: Dios ha puesto su mano en nuestras cosas; pero, si no nos lo concede, puede que ya no pensemos en Dios hasta que vuelva otra ocasión.

c) *La fe que nos mueve a rezar es una fe superficial.* No hay compromiso ni diálogo con Dios. Se trata sólo de una fe-confianza exterior y reducida al objeto de nuestra oración. En algunas ocasiones parece como si la fuente "creyente" de la oración fuera una concepción mágica de la misma, como si hubiera una magia en palabras, en ritos, en objetos... que utilizamos en la oración de un modo puramente mecánico, mágico. Todo se realiza en contextos cristianos, pero ¿se puede decir cristiana esta manera de pedir?

En estos casos no se tiene en cuenta el supuesto de que Dios no nos conceda la lluvia (o lo que le pedimos). Si no concede la "lluvia", sus razones tendrá. La actitud del orante suele ser muy diversa. Hay quienes se enfadan con Él, hay quienes se desentienden de Él y hay quienes se olvidan del tema.

Hay también quienes procuran entender por qué Dios no nos envía ya la lluvia con la necesidad que todos tenemos. Para justificar esta negativa o la actitud divina se elabora una teología que, personalmente, no me parece cristiana. Es la del *castigo*. Si Dios no nos da lo que pedimos tenemos nosotros la culpa, es que nos lo merecemos: Dios nos castiga. Somos pecadores. Puede que no sepamos lo que hemos hecho, pero algo va mal en nuestros comportamientos cristianos ya que Dios no nos concede la lluvia.

Hasta aquí mi malestar por la manera como algunos cristianos rezan por la lluvia. Hasta aquí las razones por las que yo diría que no es cristiano rezar por la lluvia. Hasta aquí los presupuestos en los que a mí no me parece cristiana la oración por la lluvia.

3.- Sin que deje de tener sentido este malestar, quiero decir que *se puede y se debe rezar por la lluvia*. He aquí mis *tres razones*:

a) El Evangelio nos presenta a *Jesús rezando al Padre* por las necesidades de los hombres y de las mujeres, por necesidades muy concretas, como el hecho de que va a ser crucificado injustamente. Le pide sudando sangre al Padre que aparte de Él el cáliz de la Pasión, de la cruz. *El Padre-nuestro* es una oración de súplicas que deben ser concretadas por quienes lo rezamos: el pan, el perdón, la libertad frente a la tentación...

b) Si rezar es encontrarse con Dios Padre como hijos, *parece normal que los hijos le pidan a su padre lo que necesitan*. La oración de súplica es pedir a Dios, que es un Padre cercano y amigo, lo que cada uno necesite con una infinita confianza que rompe las distancias y hace fácil la oración. En la relación filial es el Padre el que responde y sigue siendo el Padre en sus respuestas, sean las que sean, porque sólo Él sabe lo que tiene que dar y lo que tiene que dejar de dar al hijo querido y necesitado.

c) *La oración cristiana es la oración de quienes necesitan*. Exponer ante Dios nuestras necesidades es una actitud necesaria para garantizar la autenticidad de la oración, de cualquier oración y especialmente la de la súplica.

No sólo cuando pedimos por la lluvia, sino siempre que nos ponemos en presencia de Dios, debemos presentar nuestras pobreza y nuestras necesidades. No vamos a rezar porque somos buenos, sino porque somos pobres y pecadores. La pobreza radical de las personas humanas es lo que presentamos a nuestro Padre en todas las súplicas. También cuando le pedimos por la lluvia.

4.- En la oración cristiana se ha de dar siempre un compromiso, una respuesta al compromiso de Dios que está empeñado en nuestra

felicidad. *Este compromiso es esencial para que nuestra oración por la lluvia sea cristiana.* Implica ver a Dios no como Todopoderoso, sino como necesitado de nosotros para responder a nuestra oración. Él es siempre fiel. Pero su felicidad necesita la colaboración de las personas que rezan. Sin esta colaboración creyente, no hay respuesta efectiva a nuestras peticiones.

Recemos por la lluvia:

*"Padre nuestro, que estás en el cielo y en la tierra reseca de nuestros campos y de nuestros corazones, danos la lluvia para poder compartir el pan de tu palabra y de nuestra mesa. Líbranos de la autosuficiencia y enseñáanos el camino de la fraternidad para que sepamos darnos los unos a los otros y para que el agua que te pedimos sea fuente de vida y de alegría y con ella podamos construir tu Reino de Amor, de Verdad y de Justicia.
Amén."*

MERCEDES NAVARRO PUERTO

1. Pedir: memoria de la condición humana

Pedir recuerda al ser humano que es sujeto de necesidades. Si nunca pidiera, negaría la condición finita de sí mismo y de la realidad. Ponerse delante de Dios para pedirle algo, es tomar conciencia de que Dios pertenece a otro orden de la realidad. Por eso, la verdadera oración de petición jamás puede reducir o manipular mágicamente a Dios.

Pero al ser humano no le resulta tan fácil estar en contacto con sus necesidades y, a menudo, las confunde con otras realidades. Pongamos como ejemplo los deseos. ¿Desde dónde debe pedir? ¿Se debe pedir sólo en función de la condición necesitada o desde los deseos? ¿Acaso los deseos no se esconden, a menudo, bajo las necesidades? ¿Y acaso el ser humano no pide más desde los deseos, aun cuando utilice la tapadera de las necesidades? La oración de petición puede llevar al ser humano a tomar contacto con sus deseos, más allá de sus necesidades. En este caso sería un acto purificador que conduciría a una mayor libertad interior.

En el caso en que el objeto de la petición no sea estrictamente personal, la oración de petición puede ser memoria humana expandida, puede promover la humana solidaridad, ensanchar el círculo de las propias necesidades y deseos, para saberse parte de la realidad. Una oración de petición *centrífuga*. Y, cuando dicha oración es explícitamente solidaria, hace posible (si es auténtica) una toma de conciencia de la parte de complicidad que cada cual tiene en la carencia, o en el conflicto o en el deseo desde el que se pide a Dios. Esto hace que la oración de petición no resulte tapadera pasiva de la tarea humana.

La oración de petición se asocia con mayor frecuencia a las mujeres que a los hombres. Tal vez, se piensa, porque las mujeres concretan

mucho el objeto de su solicitud. Piden por gente concreta y piden cosas concretas. Es opinión generalizada que esta concreción se debe a que las mujeres son más dependientes, menos autosuficientes o, simplemente, más crédulas, supersticiosas y menos formadas. Lo dice el estereotipo. Pero se olvida, en cambio, que generalmente las mujeres están más en contacto con sus propias necesidades y, gracias a ello, con las necesidades de los demás. Generalmente, tienen mayor conciencia de las relaciones de interdependencia. Saben de los huecos, los límites y las incapacidades y, la mayoría de las veces, es un saber que nace de las relaciones afectivas, allí donde las necesidades muestran y destapan lo más radical del deseo humano. Sin realizar grandes análisis, perciben habitualmente la intrincada red de relaciones internas propias de la complejidad de la realidad. Paradójicamente eso les hace más fácil una oración de petición más concreta. El transfondo humano y el transfondo de la realidad es, en última instancia, muy semejante. Claro que puede existir el peligro de simplificar...

Pedir, por tanto, es memoria humana de la mutua interdependencia. Independientemente de los resultados de la oración de petición, el hecho de pedir sitúa al sujeto, delante de Dios, en la conciencia de la compleja red de la interdependencia tanto humana como de toda la realidad.

2. Pedir por algo y para algo

Pedimos para ser escuchados, es decir, para que se nos conceda nuestra petición. Eso, al menos, es lo que solemos decir. Pero no es tan obvio, si pensamos que cada creyente tiene la experiencia reiterada de no haber sido escuchado por Dios o por cualquier otro ser del mundo trascendente. La justificación, con frecuencia, suele ser: *no teníamos suficiente fe*. Pensemos otras respuestas posibles. A lo mejor, es que la finalidad de pedir no es que se nos conceda lo que pedimos. Tampoco es claro que siempre que pidamos lo hagamos porque

necesitemos eso que pedimos. Pongamos como ilustración el caso, tan común, de los niños y niñas que piden de comer en seguida de haber comido, o que están siempre pidiendo algo. Pensemos en el pedir como una de las pautas de conducta de un mundo nuestro actual que se considera, eso dice, tan autosuficiente...

Pedir no siempre es sinónimo de necesidad. Está comprobado, al menos, que lo que pedimos no siempre se corresponde con lo que necesitamos. Puede ser síntoma y/o signo de otra cosa. La madre o el padre que conoce a su hijo o hija sabe que eso que pide no es en realidad lo que quiere, ni mucho menos lo que necesita. Si pide un helado estando saciado es que tal vez lo que necesita es atención, o no sentirse solo, y pedir es una forma de sentirse vinculado a alguien que reacciona a la petición. Y, en el caso de los adultos, incluso de naciones enteras, pedir puede ser una forma de relacionarse no sólo con los destinatarios de aquello que se pide, sino incluso consigo mismos. Pedir, por ejemplo, puede ser el modo más cómodo de solucionar determinados problemas.

La oración de petición, igualmente, puede tener distintos sentidos y estar destinada a conseguir distintos objetivos, más o menos conscientemente. La oración de petición que hacemos no siempre es cristiana, pero lo que con frecuencia pedimos y se considera poco cristiano, puede que lo sea más de lo previsto. Y así, lo mismo que el niño o la niña pide atención y afecto pidiendo un dulce o alimento, el cristiano puede estar pidiendo amor y vinculación, relación, al pedir pan, trabajo u otras cosas materiales. Y, por el contrario, como bien dice el evangelio, hay quien parece que no pide y está pidiendo, aunque distorsionadamente, un reconocimiento mediante un acto de soberbia autoafirmación (*...yo no soy como los demás...*).

Estas observaciones conducen a dos planteamientos. Uno, las relaciones que crea la oración de petición. Otro, la interpretación que solemos hacer de la oración de petición.

3. Oración de petición y relaciones

Pedir coloca al que pide en relación de subordinación con la persona a la que pide. Cuando este patrón se convierte en el único modelo de relación, la persona que pide se sitúa en una condición perenne de inferioridad. Si consideramos a la oración de petición desde esta polarización, tendremos que convenir en que la oración dejaría de ser cristiana en gran medida. Por una parte promueve una idea idolátrica de Dios, porque lo fija a una determinada característica e imagen. Dios es mucho más que alguien a quien podemos y debemos pedir. Y una imagen diversificada de Dios supone una diversificación en la forma de relación que se mantiene con Él. Y, por otra parte, refuerza una idea de uno o una misma predominantemente necesitada. Y no parece muy coherente con la antropología cristiana, que cree en la profunda dignidad de cada ser humano y en su libertad y responsabilidad ante sí mismo, ante la vida y ante los demás, sin por ello negar nuestra condición finita. Cada cristiano o cristiana debe mantener la tensión entre su conciencia de criatura y su conciencia de libre y digno.

Diversificar la oración, la forma de relación con Dios, tiene profundas repercusiones en la praxis de las relaciones humanas. Una persona que ora a Dios, exclusivamente, desde la oración de petición, que considera a Dios sólo como Alguien que todo lo puede y que debe escucharme y darme lo que le pido, no sólo encasilla y reduce peligrosamente a Dios, sino que tenderá, igualmente, a reducir y encasillar a los demás, a los que verá, predominantemente, desde la utilidad aunque no se manifieste explícitamente. Los demás serán percibidos como potencial fuente de satisfacción, en particular satisfacción afectiva.

Pedir a Dios, como forma predominante de relacionarnos con Él, impide que le reconozcamos como el totalmente Otro. La oración cristiana debe fomentar no sólo nuestra libertad, sino la libertad de

Dios. Es decir, el reconocimiento real de su libertad. Por ejemplo, decimos que Dios es un Misterio, pero cuando no soluciona aquello que consideramos urgente de solucionar (el mal en el mundo, la injusticia...), nos rebelamos. No entra en nuestros cálculos, no se presta a nuestra lógica. En el fondo, nos negamos a reconocerlo Libre y Autónomo. No dejamos que Dios sea Dios. No permitimos que se nos devuelva una solicitud cuya respuesta, en realidad, debemos buscarla hacia adentro de la condición y realidad humana, histórica, nuestra. La Libertad de Dios no permite nuestra pasividad o nuestra falta de compromiso, o nuestra comodidad proyectiva... Pero cómo nos cuesta reconocer nuestras proyecciones...

La oración de petición, con frecuencia, se torna excesivamente parcial. Pedimos de forma egoísta y pedimos por "los nuestros", reforzando, de este modo, en nombre de Dios y en nombre de Jesús, un particularismo que no tiene nada de católico, pero que explica algunas de las aberraciones que hemos cometido en el nombre del Señor. Por ejemplo, si yo considero que mi religión es la verdadera y que una victoria militar que defiende esta "Verdad" es el resultado de la oración de los de mi bando, que somos los buenos, es que considero que los otros, los de otra religión, son malos y Dios los desprecia y los mata a través de nuestra guerra. Miremos de cerca el razonamiento, tan incrustado en nuestra piel occidental, mal llamada católica. Esta interpretación de la petición y de la escucha, supone una imagen de Dios partidista, con criterios ajenos al evangelio, que favorece a unos y perjudica a otros. Esta imagen refleja y proyecta nuestras concepciones. Pero, a la par, es una interpretación que deja ver la forma en que nos miramos, juzgamos y relacionamos unos y otros, la forma en que dividimos el mundo y establecemos fronteras.

Tal vez ya no hagamos, masivamente, la guerra (aunque todavía quedan reductos muy trágicos de guerras de religión en nuestro viejo occidente), pero nuestra forma de mirar la vida, los demás y de orar y pedir a Dios... no ha cambiado demasiado. Si yo me considero que

estoy en la verdad y soy buena persona, no dudo que Dios debe estar de mi parte y, así, interpreto ciertos éxitos como confirmación de Dios a mi oración, que me favorece porque soy bueno o buena. Y, en cambio, a los otros (los que no piensan como yo, los que a mi modo de ver son malos, los que me resultan extraños y ajenos o amenazantes...), si les va mal, interpretaré que se debe a que Dios no les escucha, o les desprecia o no les puede tener en cuenta...

La oración cristiana, para concluir, sea bajo la forma que sea, no puede atentar contra los mismos principios cristianos inscritos en el Evangelio. No puede ir contra la idea de Dios que revela Jesús, ni contra la idea de ser humano que Él promueve. Si la oración cristiana de petición atenta contra el compromiso intrahistórico, esa oración no se puede considerar cristiana. Si atenta contra la libertad humana, si no repercute positivamente en la inclusividad y favorece la universalidad, no puede considerarse una oración cristiana. Si reduce el amor o manipula la gratuidad, no es oración cristiana.

JAUME PUJOL I BARDOLET

Evidentemente que se puede pedir todo a Dios y por tanto también la lluvia y cuanto por ella se simboliza, como la salud, trabajo, vivienda, aprobar unos exámenes, etc. La espontaneidad y libertad de petición forma parte del espíritu de comunión con Dios, que es lo más importante en la experiencia de oración. Todo está en saber si, por la oración, nos ponemos en manos de Dios, o bien ponemos a Dios en nuestras manos.

Ahora bien, la pregunta podría formularse de manera diferente y así dar lugar a una respuesta más concreta. Por ejemplo podría enunciarse de la siguiente forma. *¿Es cristiano pedir a Dios "sólo" la lluvia?* (entendiendo por lluvia cuanto se refiere a nuestras necesidades). Respondo que no, ya que Dios, en este caso, queda utilizado y nos servimos de Él en vez de servirle a Él, como expresa San Agustín... No parece honrado pretender tener un Dios a nuestro servicio. El cristianismo es esencialmente "comunión" con un Dios que comunica Él primero con nosotros.

Esto nos remite a un análisis de la actitud que se tiene para con Dios cuando las personas pretendemos tener en Él a Alguien que supla nuestras deficiencias, nuestras limitaciones y nos haga salir airoso de nuestros infortunios. Tal comportamiento daría la razón a Freud cuando criticaba la religión como una "*psiconeurosis universal*" que hace de Dios un "*padre transfigurado*" para nuestro servicio. Un Dios que sería la proyección de nosotros mismos según la expresión de Jung: "*cada cual denomina Dios al factor psíquico predominante*". Igualmente, en este caso, la religión sería, según Adler, "*expresión de nuestra voluntad de dominio y de poder y por ella pretenderíamos la sofisticación de nuestros deseos*".

"Ser sólo capaz de pedir la 'lluvia' a Dios" refleja una religiosidad infantil, inmadura, puramente extrínseca e interesada, propia de una personalidad psicológicamente inmadura.

Se puede pedir la *"lluvia"* a Dios, evidentemente, pero desde otro tipo de actitud personal que incluya, como fundamento, la comunión con Dios. De hecho, en la oración es más importante la actitud de comunión y la comunicación que su contenido; pero, precisamente por esta comunión, es normal que expresemos un contenido a partir de nosotros mismos, desde nuestras necesidades, deseos e incluso caprichos. En y por la comunión, la persona habla y se habla; pero la comunión es lo esencial y más importante. Cuando sólo se pide la lluvia se instrumentaliza a Dios y no hay comunión con Él. Y cuando la lluvia no llega, es normal, en este tipo de orante, que concluya diciendo que Dios no le sirve para nada, y pierda toda relación con Él.

Además, tener a Dios sólo como *"desfacedor de nuestros entuertos"* o solución a nuestros infortunios y deficiencias, parece más propio de *"fe de carbonero"*... y hoy, en nuestra sociedad, al haber más fácil acceso a la cultura, tiene menos cabida la fe del carbonero y se corre el peligro que, al *"no necesitar"* de Dios, se le niegue un puesto en las personas, por inútil e innecesario, desde el punto de vista de la creencia de un Dios meramente *"padre transfigurado"*, que no llega a satisfacer las peticiones de sus orantes. Hoy el hombre se siente suficiente y capaz para muchas cosas y, al *"necesitar menos de Dios"* para que solucione sus problemas, puede ocasionarle o bien una *"purificación de la fe"*, o bien, una *"desaparición de la misma"*, por ser la vida iconoclasta por sí misma; y así, al avanzar en la adultez, se puede perder de vista a Dios. Es normal que con la madurez *"se crean menos cosas de las aprendidas anteriormente, pero se puede creer mejor"*, con una fe desinteresada y gratuita, o también se puede llegar a no creer en nada, manifestado por actitudes agnósticas o ateas.

Llegar a la gratuidad de la fe es de suma importancia en la medida que se va creciendo en madurez psicológica. A mayor madurez psicológica debería corresponder normalmente mayor madurez religiosa. Sucede, en ocasiones, que, en la medida que la persona madura como tal, parece desvanecerse o aminorarse su fe; y además, hay personas con un tipo tal de religiosidad, que más bien manifiestan su propia inmadurez psicológica, y acaso su propia patología; y estas personas cuando llegan a solucionar su problema psicológico es muy posible que se desvanezca también su fe.

Se aprecia en personas una decepción ante Dios porque *"no les escucha en su asidua oración"*. Quisieran que Dios estuviera a su servicio: reflejan una religiosidad primitiva, inmadura e infantil.

Es normal que la oración incluya un diálogo espontáneo, como del niño respecto de su madre. Cuando el niño habla en soliloquio en presencia de su madre, lo más importante para el niño es estar en presencia de ella; es decir, la comunión es más importante que los contenidos de su expresión. Según Piaget: *"El niño experimenta tal presencia que hablarse a sí mismo o hablar a su madre le parece no formar sino una unidad, a pesar del carácter de soliloquio que pretende"*.

De forma análoga nos sucede a nosotros respecto de Dios. En la oración: el que ora habla de sí, de sus problemas, de sus dificultades en presencia de Dios. El creyente se expresa y Dios lo sabe todo; y es normal que se produzcan, como en el niño, deformaciones egocéntricas. Tomamos una imagen de Dios a imagen de nuestros deseos; se tiene una concepción egocéntrica de la Providencia y del poder de Dios. Esta deformación podría hacer coincidir el *"mundo creyente"* con el *"mundo infantil"*. Así como el niño recurre al adulto, del mismo modo el adulto recurre a Dios... Pero la adultez religiosa corrige las deformaciones infantiles de la persona y la saca de esta situación de inmadurez, en la medida que *"la comunión con Dios"* le

hace descubrir, en la gratuidad, la oración de alabanza y contemplativa. Este tipo de oración que canta la perfección de Dios es más adulta, más evolucionada que el mero monólogo egocéntrico.

Llegar a una religiosidad adulta es llegar a sintonizar con el salmo 27,4: *"Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo"*. Pero esta misma actitud no impide el manifestar al Señor nuestras necesidades, angustias... y pedirle la lluvia y cuanto ella simboliza, precisamente por razón de esta misma amistad y comunión.

De hecho, cuando oramos lo hacemos a Quien conoce perfectamente nuestras necesidades, gozos y dolencias... Pero no importa, ya que al decir de San Agustín, *"por la oración, se acrecienta nuestra capacidad de desear, para que así nos hagamos más capaces de recibir los dones que nos prepara. Sus dones, en efecto, son muy grandes y nuestra capacidad de recibirlos es pequeña e insignificante. Cuanto más firmemente creemos más firmemente esperamos y más ardientemente deseamos este don, más capaces somos de recibirlo"* (Carta de San Agustín al Obispo de Proba, 130).

Pero lo que sucede es que lo que deseamos de Dios no coincide con lo que Él nos ofrece y nos da, porque nos falta la longitud de onda de la comunión. Jesucristo es quien hace la *"comunión hombre-Dios"*; se es cristiano en la medida que se participa del Misterio Pascual, y no es cristiana la oración que se limita a servirse de Dios, como amuleto, o remedio a nuestros males.

Bien orientada, la oración, por su elemento comunional, da auténtico sentido a la existencia humana. Es ponerse en manos de Dios. En cambio, la oración infantil o meramente interesada quiere poner a Dios en nuestras manos. Todo está en la actitud desde la cual se parte.

Es un hecho que determinadas actitudes y exigencias ante la oración y sobre Dios de varios de los bautizados manifiestan carencias de adecuada catequesis. Representan, para los pastoralistas y catequetas, un reclamo y una interpelación, tanto sobre el lenguaje que utilizamos sobre Dios, como sobre la calidad de nuestra pastoral y catequesis, tanto de niños como de adultos. La catequesis de adultos es deficiente o inexistente. El cristianismo supone entrar de lleno en la vivencia del Misterio Pascual confirmado por la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. No se puede vivir largo tiempo hoy de un mero devocionismo afectivo: todas las realidades humanas hoy, y también la religión, son interpeladas por el progreso técnico, por los medios de comunicación, por los estudios que se realizan, etc. La catequesis no termina nunca como tampoco hay un punto terminal en el crecimiento y desarrollo del ser humano. En fin, conviene sintonizar con la expresión de San Pablo en Romanos 8,26: *"De igual manera el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables"*.

ALBERTO MARÍA RAMBLA

Cuando Santo Tomás afirma que de Dios solamente podemos conocer lo que no es, no podía por menos de considerar la inmensa distancia existente entre Dios y el hombre; distancia que Jesús salva mediante la Encarnación, pero que va a permanecer en lo que se refiere a la comprensión de Dios, de su misterio, para acceder al cual siempre va a ser necesario volver la mirada sobre el hombre.

Cuando San Agustín fue sorprendido por aquel niño a quien indicaba que no podía contener toda el agua del mar en aquel pequeño agujero hecho en la arena de la playa, sin duda logró comprender que a Dios no se le puede encerrar en las categorías humanas. Él es el Inabarcable, el Invisible... Dios siempre permanecerá misterio para el hombre y esto a pesar de la Revelación, pues nunca el hombre logrará razonar, comprender -entre otras cosas- el por qué de la actuación divina.

Por ello, la Escritura, para poner al alcance del hombre una cierta comprensión de esas realidades divinas, siempre nos propone el ejemplo humano: de la misma manera que el hombre... así también Dios... Y, de esta manera, de entre todos los rasgos antropomórficos que la Escritura pone en Dios, dos de ellos van a resaltar sobremanera a lo largo de todos los escritos: *Dios es Padre y Madre a la vez*.

Así, ya desde los comienzos de la historia de la salvación, se establece entre Dios y el hombre una relación de dependencia: Dios es el dador de la vida, de la libertad, del perdón, de la victoria... Pero, sobre todo, es el Dios que cuida al hombre -a su pueblo-, vela por él, lo trata con ternura, le reconviene con dulzura y también con firmeza. Es Él quien sale a luchar con su pueblo, quien le priva -siempre momentáneamente- de los bienes prometidos cuando se aleja de Él, quien le exhorta, le corrige, le muestra el camino que debe seguir y

de aquellas «cosas» de las que debe apartarse... y también le habla del amor que siente por él.

Tendríamos que recorrer toda la Escritura para nunca agotar los innumerables rasgos con que ésta describe a Dios y lo muestra como un Padre y una Madre para el hombre.

Junto a estos dos rasgos antropomórficos, surge un tercero que resalta sobremedida en todo el contexto: Dios es «*el Amado de mi alma*», como lo presenta el Cantar de los Cantares. Para llegar a explicar esa unión de Dios con el hombre y esa dependencia que éste tiene de Aquél, lo compara a la unión esponsal -como hace también en el profeta Oseas, por ejemplo-. Si la unión de un hijo con su padre y con su madre puede revestir una cierta independencia con -digamos- la mayoría de edad, la «*unión esponsal*» lo unirá aún más estrechamente con Dios, pues ésta sólo queda rota por la muerte que es, a su vez, cuando el hombre alcanza la unión perfecta con Él. El hombre, pues, desde el inicio de su existencia y por toda la eternidad está unido a Dios en la unión más estrecha y en la dependencia más plena que jamás se puede imaginar.

Si la oración de petición tiene un sentido para el cristiano -y lo tiene-, es desde esta doble perspectiva: como parte de la relación de un hijo con su Padre y con su Madre y como expresión de la relación de amor semejante a la «*unión esponsal*».

La oración será, pues, ante todo, una cuestión de amor, un medio de comunicación del amor que se da y del amor que se recibe, una expresión de la interrelación existente entre dos personas -Dios y el hombre- que han sellado alianza mutua de «*ser mi Pueblo y tu Dios*» (Dt 26, 18), alianza que se abre y se sella en virtud del amor a Dios «*con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*» (Dt 6, 5) y que termina con la toma de posesión de la «*tierra que Yahvé juró a tus padres*» (Dt 1, 8), y que trasciende la mera tierra de Canaán

para alcanzar el cumplimiento definitivo de la Promesa el día de la Parusía.

Es una cuestión de amor, porque es la manera en que el hombre puede manifestar ese amor a Dios, el Amado de su alma. Es la manera en que entra en diálogo con Él, la forma de expresarle su amor, su entrega, su confianza, su fidelidad... todo aquello que, después, revertirá en una vida coherente con ese amor manifestado en ese diálogo interior con Dios. Y en ese «*diálogo de amor*» que es la oración, desde que el hombre es hombre, encontramos la súplica, la petición... no como un rasgo egoísta ni como expresión de un egocentrismo exacerbado, sino como expresión de esa dependencia amorosa de Aquél que me «*amó primero*» (1 Jn 4,19).

Cuando afirmamos que desde la Encarnación de Jesús Dios ha irrumpido en la vida del hombre, afirmamos que Dios se ha hecho plenamente presente al hacerse uno de nosotros, al asumir nuestra vida humana, al mezclarse con «*nuestro barro*» de flaquezas y debilidades. Pero basta recorrer tan sólo el libro de los Salmos para escuchar al hombre hasta dónde ha llegado esa relación que expresa la constante vigencia de la alianza sellada en el Sinaí «*porque Dios ha escuchado el clamor de su pueblo*» (cfr. Ex 3, 7). Desde los comienzos de la historia, desde el día primero en que Dios «*habló*» insuflando el espíritu sobre el hombre, éste se ha dirigido a Dios en su angustia y ha sido escuchado, se ha dirigido a Dios en su tribulación y ha sido socorrido, ha elevado su acción de gracias y Dios la ha acogido. Desde que el hombre es hombre se ha cumplido la palabra de Jesús: «*Venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré*» (Mt 11, 28).

La razón siempre ha sido y sigue siendo la misma: «*Dios no puede negarse a sí mismo*» (2 Tm 2, 13). Dios no puede negar su propia naturaleza: «*Dios es amor*» (1 Jn 4, 8), y, por consiguiente, ¿cómo no va a escuchar el clamor de su pueblo? (cfr. Ex 3,7), ¿cómo no va a

acoger a los que a Él claman desde lo profundo de su ser? (cfr. *Sal* 129), ¿cómo no va a escuchar las súplicas de los indefensos, de los que no tienen protector?, como afirman multitud de salmos. ¿Acaso es pensable que un padre abandone a sus hijos? Y, si en algún caso lo es, no es pensable en un Dios que afirma: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse, del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (*Is* 49, 15).

Si las Escrituras han querido revestir a Dios de rasgos antropomórficos ha sido para que el hombre pueda no sólo conocer a Dios, sino acceder a Él, relacionarse con Él. Pues resulta bastante difícil pensar que alguien pueda relacionarse con una persona de la que no conoce quién es, al menos por aproximación. Así, cuando las Escrituras nos muestran a Dios como Padre y Madre a la vez, están abriendo un camino de relación sumamente particular. Dios no quiere ser el lejano, inaccesible, inalcanzable... sino alguien tan cercano -o más si cabe- como el propio padre o madre del hombre, alguien tan fuerte, firme, seguro, capaz... como para dar al hombre la fuerza, la firmeza, la seguridad... Alguien, también, tan dulce, amoroso, tierno... como para comunicar al hombre todo cuanto Él mismo es. Y esto que es patente en la vida humana respecto a los propios progenitores, lo es especialmente respecto a Dios: Él es más que un padre y una madre (cfr. *Is* 49, 15).

Por ello, si en la relación paterno y materno filial encontramos la petición, la súplica como formando parte de esa relación mutua dentro de esa expresión de amor recíproco, de la misma manera, nuestra relación con Dios no puede alejarse de estos mismos términos, puesto que forman parte de nuestra realidad humana y de nuestra manera de expresar esa confianza y entrega mutua que nace del amor. Somos hombres, no ángeles. Quizás si fuéramos ángeles no necesitaríamos de la petición o de la súplica. Es posible. Pero de nuestra propia condición humana, de nuestro ser como hombres hijos de Dios (*1 Jn* 1, 31) nace la necesidad de expresar esa dependencia amorosa de Dios que se manifiesta en la petición y en la súplica.

El mismo Jesús lo expresa con claridad cuando afirma: «¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan!» (Mt 7,9-11). La razón fundamental de tal petición y de tal respuesta no es otra que la naturaleza del Padre que está en los cielos que, amando a los hombres como a hijos y no pudiendo negarse a sí mismo (cfr. 2 Tm 2, 13), les responde otorgándoles lo bueno que solicitan como expresión del amor que siente hacia ellos.

Sin embargo, hay ocasiones en las que el hombre experimenta lo que podría entenderse como un silencio de Dios, como si Dios hiciera oídos sordos a sus súplicas. San Juan Crisóstomo, en una de sus homilías, explica que hay ocasiones en que Dios parece que no nos conceda lo que le pedimos, pero que eso no es así, sino que si no nos lo concede inmediatamente lo que pedimos -afirma- es para retenernos un poco más de tiempo junto a Él, resaltando la ternura de un Dios, Padre y Madre a la vez, y su deseo de que el hombre esté junto a Él.

El «*pedid y se os dará*» con que Jesús inicia el fragmento arriba indicado no hace sino marcar el acento sobre la verdadera naturaleza de la oración de petición: Dios es nuestro Padre que está en los cielos; por ello, apoyados en su amor y en el que el hombre siente por Dios, con la confianza plena puesta en Él, se dirige a Dios «*como un niño en brazos de su madre*» (Sal 131,2).